



En un nicho del cementerio de Villanueva del Fresno han reposado en estos años los restos del general Humberto Delgado que estos días han sido trasladados a Portugal. El «general sin miedo» fue asesinado por la PIDE el 13 de febrero de 1965. La llegada de sus restos a Lisboa ha suscitado una batalla política.

LA VUELTA DE HUMBERTO DELGADO

MUERTO Y TARDE

En el nicho donde hasta el jueves día 23 de enero estuvieron los restos del general Humberto Delgado, el luchador antifascista que encabezó la oposición democrática al régimen de Salazar y fue asesinado por la policía política portuguesa (PIDE) en febrero de 1965, junto con su secretaria, Arajaryr Moreira de Campos, alguien que visitó el cementerio después de la revolución del 25 de abril dejó en la lápida una cuartilla con unos versos. Copié la última estrofa:

Por isso nos te anuclamos,
General Humberto Delgado:
ha uma lei nova em Portugal.
Podes dormir descansado.

El cementerio de Villanueva del Fresno está situado en las suaves colinas de la campiña extremeña, poblada de olivos y de encinas. Es un lugar bonito, con los edificios encajados y tumbas sencillas entre los cipreses, situado a algo más de un kilómetro del pueblo. Unas cincuenta personas, la mayoría de ellos periodistas, se habían desplazado desde Madrid, Sevilla y Badajoz para asistir al acto del traslado de los restos del que fue llamado por su pueblo "general sin miedo". Al acto de Villanueva del Fresno no había nadie procedente de Portugal (ni siquiera los miembros de la familia Delgado), si se exceptúa la representación diplomática, encabezada por el embajador en España, doctor Meneses Rosa, al que acompañaban el cónsul portugués en Badajoz y el agregado de prensa de la Embajada portuguesa en Madrid. La representación oficial por parte española se limitó al gobernador civil de Badajoz y al consejero de Embajada y cónsul de España en la ciudad fronteriza de Elvas, en representación del Ministerio de Asuntos Exteriores. Sin ninguna ceremonia civil ni religiosa fueron exhumados los restos del general. Una nota que

merece la pena mencionar es que los maestros de Villanueva del Fresno se desplazaron con sus alumnos hasta el cementerio para que éstos asistieran al histórico acto.

Después de la exhumación y de las operaciones de cambio del viejo y desgastado ataúd por un arca nueva, en el curso de las cuales no faltaron ciertas escenas de lo que podríamos calificar del "desgarro funerario celtibérico" —la caja de zinc donde reposaban los restos del general no cabía dentro del arca, y hubo que martillearla para que entrara—, una caravana de unos veinte automóviles acompañó hasta la base militar de Talavera la Real los restos de Humberto Delgado, que iban en un coche fúnebre cubiertos con la bandera portuguesa. En el cementerio, el abogado de la familia Delgado, don Mariano Robles y Romero-Robledo, autor, junto con el periodista José Antonio Novais, del libro "Asesinato de un héroe", sobre la muerte de Humberto Delgado a manos de la PIDE, estuvo contando algunos últimos detalles sobre el crimen. Robles dijo que con las detenciones de altas personalidades del régimen salazarista, practicadas por la policía militar a partir del pasado mes de septiembre, con motivo de la intentona contrarrevolucionaria, era previsible que en los interrogatorios salieran a la luz nuevos detalles. "Hay personas muy importantes implicadas", dijo el abogado, y explicó que uno de los agentes de la PIDE, Tienza, ha pedido hacer una nueva declaración. A pregunta de los periodistas, Robles dijo que, según parece, los agentes de la PIDE encargados de la operación del asesinato tenían al principio órdenes de apresar al general y llevarle vivo al otro lado de la frontera. El "pié" Casimiro Monteiro, que fue quien le disparó un tiro en la cabeza cuando los agentes llegaron con Humberto

Delgado a la finca de "Los Almerines", afirmó, según se dice, que en el último momento llegaron órdenes de dar muerte al general. La finca de "Los Almerines" está situada en las proximidades de la villa de Olivenza, hoy bajo soberanía española, pero largo tiempo reivindicada por Portugal. Esta finca, a principios del siglo XIX, fue donada al valido Godoy para premiarle los servicios prestados durante la breve "Guerra de Las Naranjas", al fin de la cual España se incorporó una pequeña parte del territorio portugués. Es interesante señalar el lugar donde se cometió el crimen porque una de las causas de que Humberto Delgado cayera en la trampa tendida por la PIDE fue precisamente el hecho de que los supuestos antifascistas que iban a acompañarle en su intento de derrocar al régimen salazarista le convencieron tocándole su "punto débil". Humberto Delgado había sido fundador y presidente de la Asociación de Amigos de Olivenza. Por cuestiones de carácter diplomático, el cadáver de Humberto Delgado no fue enterrado en Olivenza, sino en el pueblo de Villanueva del Fresno, situado unos cuarenta kilómetros al sur de Olivenza.

En la base de Talavera la Real se dieron toda clase de facilidades a los periodistas y a los acompañantes para que entraran a presenciar el traslado de los restos del general al avión de las Fuerzas Aéreas Portuguesas que debía llevarle a la base de Portela, cerca de Lisboa. Algunos de los que estábamos presentes en el acto de Villanueva del Fresno seguimos viaje a Portugal. A las ocho de la tarde, cuando llegué a Lisboa, el ataúd que contenía los restos de Humberto Delgado había sido colocado en un túmulo en el centro de la nave de la iglesia del Santo Condestable, próxima al cementerio de Los Placeres, donde al día siguiente debía ser enterrado. En torno al túmulo había numerosas coronas enviadas por políticos y militares portugueses. Había una corona que llevaba la bandera española, enviada por Mariano Robles y José Antonio Novais. Predominaban los clavos rojos, símbolo del 25 de abril, sin cuyos acontecimientos no hubiese sido posible el retorno póstumo del general a su Patria.

Alguien, mientras estábamos esperando la ceremonia del entierro, en la mañana del viernes, recordaba el discurso que Shakespeare hace pronunciar a Marco Antonio, con motivo de las honras fúnebres de César ("Amigos, romanos, compatriotas, prestadme oídos...") por detrás del cual se adivina una batalla política. En las exequias de Humberto Delgado no hubo discursos. Pero sí una batalla política. Una batalla que, si no tiene una gran trascendencia por sí misma, teniendo en cuenta la importancia de los problemas que el país tiene planteados, debe inscribirse en el actual momento político de la democracia portuguesa cuando se aproxima ya la fecha de las elecciones para la Asamblea Constituyente, fijada en principio para abril. El llamado Consejo de los Veinte del Movimiento de las Fuerzas Armadas y el gobierno portugués han querido dar a los actos organizados con motivo de los restos del "general sin miedo" un carácter desprovisto de contenido político. El entierro y el funeral han sido los propios de un general que murió estando en activo. El traslado se ha hecho ahora a petición de la viuda de Humberto Delgado. Las Fuerzas Aéreas han emitido un comunicado recordando este punto, pero esto ha producido

cierto malestar entre los amigos políticos de Delgado.

La Comisión establecida en Lisboa y en Oporto para gestionar las honras fúnebres del general ha lamentado, según un comunicado hecho público, "la imposibilidad de organizar con la grandiosidad debida a esta figura histórica sus funerales, que deberían haberse realizado el día 13 de febrero, aniversario del día en que probablemente fue asesinado, declarando que mantienen sus actividades para promover en fecha oportuna y significativa un homenaje de participación del pueblo portugués, por el cual él luchó y murió". Por debajo de esta diferencia de criterios está el hecho de que algún grupo político, y se habla concretamente del Partido Popular Democrático (PPD), de tendencia socialdemócrata centrista, aunque se llame a sí mismo de izquierdas, ha querido utilizar con fines políticos y preelectorales las exequias de Humberto Delgado. Los militares no estaban dispuestos a permitirlo, y la Comisión, de la cual forma parte una hija del general, Maria Humberta Delgado, no asistió como tal a la ceremonia fúnebre. Todos los miembros de la Comisión estaban presentes, pero no corporativamente, y Maria Humberta, aunque estaba también en la iglesia y en el cementerio, no formaba parte del duelo familiar. Parece que, en un principio, la Comisión deseaba enterrar a Delgado en el Panteón de hombres de Estado, pero los militares no lo han permitido.

Calculé que había unas tres mil personas en la explanada frente a la iglesia del Santo Condestable. Mucha gente iba con ramos de claveles, y a la puerta de la iglesia había vendedores de fotografías del general. Durante la noche velaron el cadáver importantes personalidades del gobierno y del Estado, entre ellos, el Presidente de la República, general Costa Gomes; el primer ministro, Vasco Gonçalves, y otros miembros del gobierno y de la Junta de Salvación. Estas personalidades se encontraron también en el acto del entierro, a pesar de que su presencia no había sido anunciada. Impresionaba, una vez más, y demostraba cuál ha sido la importancia de los cambios experimentados en Portugal, y también la tranquilidad que reina en el país, el hecho de que estas altas personalidades llegaran al acto del funeral en la iglesia prácticamente sin escolta, mezclándose con la multitud que esperaba en la explanada. El único líder político que asistió al entierro fue el ministro Magalhães Mota, del Partido Popular Democrático. Ni el partido socialista ni el comunista enviaron líderes significados, aunque había representaciones. Hay que recordar a este propósito la actitud antimarxista que en vida mantuvo Humberto Delgado. Alvaro Cunhal, sin embargo, pasó por la iglesia durante la noche anterior a fin de velar por breve tiempo el cadáver.

Hacia las doce del mediodía, al terminar la misa oficiada por el capellán de las Fuerzas Armadas, el cortejo fúnebre se trasladó al vecino cementerio de Los Placeres, en cuya entrada fueron tributadas al general las honras militares. Todos los presentes, encabezados por el Presidente de la República, entraron en el cementerio, donde el ataúd fue depositado en un modesto nicho, propiedad de la familia. Como decía un diario portugués, el general Humberto Delgado volvió a su patria "muerto y tarde". ■ LUIS CARANDELL